

DOS HOMBRES Y DOS IDEAS: FABIO MAXIMO Y CORNELIO ESCIPION

Un inciso de la vida parlamentaria de Roma: un debate en el Senado, que va a describirnos acto seguido Tito Livio, nos ha proporcionado la idea de estudiar estas dos figuras, tan conocidas ya en nuestra historia, pero que encierra en su mente y en su actuación dos radicales formas de entender, no digo sólo la táctica militar que la guerra contra Aníbal precisa, sino lo que es mucho más hondo y perdurable, la vida política misma del Estado, que a la luz de la segunda guerra púnica va renovándose paulatinamente en Roma. Y con las nuevas ideas políticas, un nuevo espíritu que alumbraba.

La guerra se presenta favorable en los diferentes frentes de combate. Sicilia, evacuada por los cartagineses, España, conquistada de manos del enemigo por obra de Escipión, e Italia, con las grandes victorias que los generales romanos infligen al Mago y a su hermano Asdrúbal. La hora del Africa sonaba. En la contraofensiva general que Roma hacía tiempo había tomado, Africa aparecía como el término último y definitivo de la lucha. Había conquistado antes lo que en la mente de Aníbal se representaba con un valor secundario, pero a Roma le era primordial de todo punto. El dominio del mar, necesario en una guerra entre dos potencias marítimas y cuya posesión, en la parte occidental del Mediterráneo, era la causa fundamental del debate y el premio del vencedor, había pasado definitivamente al poder romano. Sicilia, aparte su valor para la seguridad de la posesión del mar, era un punto medio vital para saltar al Africa. España actuaba como de retaguardia enemiga y el arsenal mejor, sobre todo de hombres, para la guerra de Italia. Pero una habil política y fina diplomacia, unidas a la fortuna próspera de las armas, la habían arrebatado al cartaginés. Ya no le quedaba a éste más que Italia. Allí seguía Aníbal agarrado a la presa, que se le escapaba a pedazos, sin poder remediarlo.

El se había imaginado que residía el centro y la esencia de la guerra en Italia y que de su conservación dependía el ganarla, y no se había dado cuenta, de que al caer lo secundario y accidental, no podía seguir defendiendo lo principal, que además había perdido por lo mismo su categoría de tal. Pero esto, el único que lo comprendió en Roma, fué Cornelio Escipión; se apoderó de las ideas de Aníbal, las trasladó a su cerebro y las interpretó a la romana. He ganado ya, pensó el futuro Africano, lo secundario, ahora voy a conquistar lo esencial. Trasladaré la guerra al Africa, haré soltar totalmente la presa italiana a Aníbal y con él, cara a cara, mediré mis armas ante los muros de Cartago. La victoria, los dioses la darán a quien mejor quieran, pero para prevenirse a ella, bueno será haber tanteado antes las fuerzas de ambos mandos y la voluntad de los hombres con que se puede contar en Africa. Así pensaba Escipión, y con este pensamiento se presentó un día del año 205 a. C. ante el Senado Romano, dispuesto a que se le adjudicase la provincia de Africa para el año próximo o apelaría al pueblo ante la negativa de los severos padres.

En el Senado se encontró con la oposición violenta de una gran figura romana, su digno contrincante político, Fabio Máximo Cunctator. Analicemos su personalidad en fiel paralelismo con Escipión.

Su vida cargada de años, su prestigio personal reverenciado en todas partes, el ser el máximo representante de una táctica militar que salvó a Roma de la derrota, y la personificación de la constitución política de la ciudad, en lo que ésta significaba sobre todo respeto casi sagrado a las normas jurídicas por las que se regía la urbe, son todos los méritos, resumidos, que nimbaban su venerable figura y la hacen acreedora al primer puesto de la historia de su época.

La lectura de la narración, detallada y seguida de Plutarco, y los episodios sueltos y frecuentes, metido entre las páginas de Livio y de Polibio, son las fuentes fundamentales que utilizamos para entresacar los hechos y las ideas que aquí nos interesan sobre Fabio Máximo.

Era el cuarto descendiente, dice el biógrafo de Queronea, de una ilustre familia romana, la de las Fodios, que con el tiempo se convirtieron en Fabios. Amigo de leyendas y de anécdotas, el historiador, nos lo nombra con los apodos tan romanos de Máximus, Verrucosos ya Ovícula. El primero hacía alusiones a la grandeza de su familia. El segundo encubría un defecto físico sobre el labio superior y el último significaba su carácter tímido, su natural tranquilo y condescendiente, que ocultaba firmeza y magnanimidad. La historia romana nos lo ha nombrado mejor con el sobrenombre de Cunctator, que ha pasado a la posteridad indicando su táctica temporizadora con Aníbal en Italia.

Un personaje romano de relieve en plena segunda guerra púnica tenía que ser en una sola pieza orador, político y militar. Estas tres funciones vamos a estudiarlas en Fabio Máximo. Todas ellas se encuentran condicionadas por el supuesto fundamental de su propia psicología. Sus dotes personales son: pruden-

cia exquisita, robustez moral y austeridad de principios y de costumbres, todas ellas al servicio de un patriotismo firme y sincero.

La oratoria entre los romanos, ya lo hemos dicho, era un arma nacional. Se combatía y se defendía en Roma, en las luchas políticas o judiciales, con la espada de la elocuencia. En el mismo frente de combate, las arengas militares encendían con mayor violencia la batalla. Los abundantes discursos que Tito Livio nos consigna, aunque esculpidos a su manera literaria, en el fondo nos enseñan el valor imponderable de la palabra humana en los momentos decisivos de la lucha. Los discursos que nos ha dejado de Fabio Máximo en las Historias, tanto los políticos como los militares, confirman, al menos por sus ideas, la opinión de Plutarco, de que la dicción del célebre Dictador se inclinaba a la frase de Tucídides. No tenía brillantez ni la gracia que arrastra y conmueve al pueblo, pero anidaban en su palabra ponderación y serenidad y un sentido sentencioso, pleno de profundidad y de cordura.

Por otra parte, vemos en Fabio Máximo y más todavía en Marco Catón, puesto que la verdadera lucha se planteó a la muerte del primero, los auténticos representantes de las viejas ideas políticas y culturales de Roma. Nuestra demostración no puede ser amplia; no obstante recogeremos unos datos de la historia para confirmarlo.

El ideal político antiguo romano se cifraba en un respeto absoluto e indiscutido a las leyes de la ciudad. No había más intereses supremos que los de ésta. Ante su servicio todo debía sacrificarse. La propia personalidad no era nada. Ni glorias, ni triunfos, ni fama para la posteridad valían algo ante el bien común de la ciudad. El hombre se encontraba como anulado dentro del ciudadano. Y como natural consecuencia de esto, un hermetismo nacional, una intervención patria y un xenofobismo violento.

La lectura del discurso de Fabio en el Senado nos va a proporcionar una prueba de ser él, el representante autorizado de las ideas que acabamos de exponer. Las frases que como golpe de martillo descarga sobre su adversario no se fundan en otras causas que el interés supremo de la patria preferido ante la gloria personal, que la conducta de Escipión no es todo lo respetuosa que las leyes y las costumbres han estatuido para con el Senado, que ejemplos perniciosos y exóticos han arrastrado el alma de un romano hacia los mismos extremos... Fabio Máximo podía hablar así, porque estaba respaldado su discurso por la ejemplaridad de la vida. Cargado de gloria en su larga vida al servicio de la patria estaba ya más cerca del hastío de los honores, que de su deseo. Criticado duramente y burlado desde su prefecto de la caballería, Minucio y sus soldádos, hasta por el Senado y el pueblo de Roma, había sufrido en silencio murmuraciones y desprecios en aras del bien común, aunque la Providencia le había permitido siempre ver a la larga el triunfo de sus ideas. El Senado, movido por bastardas intenciones de partido, había humillado su cargo de Dictador, y él resignó la ca-

tegoría única de su mando en el mismo plano que el del *Magister Equitum*. Roma no paga caro el rescate de sus prisioneros y Fabio vende sus ricos campos y con el dinero los restituye a la patria. Su misma conducta personal ofrece rasgos de un gran respeto por las instituciones sagradas de su ciudad, aunque las vea ceñidas en la frente de su hijo, y de una dignidad y resignación admirables al sobrellevar con entereza la muerte de su hijo, cónsul, pronunciando él mismo la oración fúnebre. Donde quiera que haya un interés superior, donde quiera que se escondan en algún sentido la patria, allí se oscurece y sacrifica la personalidad de Fabio Máximo.

En aquellos tiempos la cultura griega penetraba ya a raudales en Roma. Desde la primera guerra púnica, y mucho más con la segunda, estaba formándose una literatura latina, que imitaba en géneros y formas la griega. Las artes plásticas atrajeron a los romanos, que las contemplaron en obras maestras que adornaban las ciudades de Tarento y de Siracusa. Fabio Máximo no sé mostrará ante aquella invasión del espíritu griego tan radicalmente opuesto como su admirador Catón, pero su conducta ante la toma de Tarento cabe interpretarla como un soberano desprecio por las pinturas y esculturas de los griegos. El amanuense le preguntaba qué mandaba sobre ellas, pues representaban las divinidades del pueblo, y el adusto romano contestó con aquella célebre frase: «Dejemos a los tarentinos sus dioses con ellos irritados».

Otra actitud muy propia del espíritu romano era el ver siempre el lado práctico de las cosas, con un sentido de austeridad económica, rayano a veces en la tacañería. Fabio tuvo ocasión de manifestar que lo poseía, ante la conducta de Escipión en Sicilia. La generosidad del futuro Africano, su prodigalidad con el pueblo y sus soldados, motivaron serias críticas de parte de su cuestor, Marco Catón, hechura de Fabio, dando cuenta de lo que él consideraba como un gasto inútil y lesivo al Estado, al mismo Senado romano.

Otra diferencia esencial de Fabio Máximo, respecto de Escipión, según luego veremos en éste, era la concepción de la táctica militar que había de seguirse con Aníbal. El viejo Dictador cuando se opuso en el Senado al proyecto del joven general, era la expresión auténtica de la opinión política de su patria. El armazón político estaba hecho para resistir. Plasmado dentro de una coordinación rigurosa de las clases sociales romanas, aparecía resistente y duradero, y por eso mismo, con poca movilidad e iniciativas. En una palabra, era un sistema para una guerra defensiva. Pero las circunstancias que hemos estudiado en tales momentos de la vida militar de Roma, requerían un nuevo espíritu, individualista e innovador, que naturalmente pugnaba con la concepción antigua de la táctica con el enemigo y al que tenía que oponerse por necesidad Fabio Máximo.

Así nos explicamos su posición, frente a la idea de una guerra ofensiva en Africa, fija y absolutamente cerrada. Tal vez la terquedad, propia del anciano, y el amor propio de un veterano general, tan curtido en batallas y tácticas del ene-

migo impulsaban la seguridad y previsión que Plutarco reconoce en sus ideas. Estas las mantuvo hasta el final. El motivo que, a pesar de la confianza que el Senado depositó en Escipión votando en masa a su favor, las medidas prácticas que le permitieron, supusieran sólo un triunfo mediocre. Aún en medio de las victorias escipiónicas sobre Aníbal en Africa, seguía Fabio aferrado a su opinión. Consecuente con su criterio, afirmaba que debía mandársele un sucesor, repitiendo aquella frase de profundo sentido político: «que no deben fiarse negocios de tanta importancia a la fortuna de un hombre sólo, porque es muy difícil que uno mismo sea constantemente feliz». Los dioses evitaron que Fabio Máximo viera el triunfo final para que no abriese los ojos a la verdad y muriese mucho más dignamente con la suya en el corazón y en los labios.

Mientras tanto un nuevo hombre y unas nuevas ideas se imponían en la situación política y militar de Roma. El héroe era Cornelio Escipión. Retazos de su vida y rasgos de su carácter han quedado ya dispersos en la narración. Pero nos interesa recoger y analizar aquí los supuestos psicológicos que mueven su alma, la etiología de ellos y la consecuencia que para el destino de su patria tuvo toda su actuación.

Nadie es héroe, sino se hace. Y a Publio Cornelio Escipión, como a todos, lo formaron las circunstancias de su vida. En un ambiente diferente hubiera sido una persona totalmente distinta, pero tuvo la coincidencia de haber vivido, desde los años maleables de la juventud, enfrente de Aníbal y de haberse abierto a las corrientes helenísticas de cultura que llegaban a la sazón a Roma. Por si esto fuera poco, tuvo una escuela de grandes enseñanzas psicológicas: la experiencia de la lucha y el trato con los españoles. Creemos sinceramente que el héroe Escipión no puede explicarse sin estos tres datos fundamentales: Aníbal, Grecia y España.

Sus cualidades personales se desarrollaron magníficamente, aprovechando las lecciones de la vida. No vamos a trazar su biografía, pero analizaremos el por qué de sus hechos fundamentales. Ha vivido en plena guerra y ha presenciado u oído todos los acontecimientos militares. Su impulso natural, su formación para héroe, hacen que al día siguiente de Cannas o en los momentos más apurados de España, contra leyes y tradiciones, sin escrúpulo alguno, se presente ante Roma, atrevido y confiado como única esperanza de salvación. La política de Roma y el trato de los cartagineses en la Península Ibérica, juntamente con el genio de Aníbal han influido poderosamente para su conquista de España. En el capítulo dedicada a ésta nos ha maravillado su diplomacia con los indígenas y su nueva política de acercamiento y amparo al que va a ser su aliado contra los cartagineses y luego su vencido. En alguna ocasión hemos aludido al sentido de la política exterior de Roma al tratar de imponerse a los pueblos. Estudiada la psicología de ellos para obtener los mejores triunfos, adaptándose a ella. Los cartagineses, sin más norte que la explotación de nuestras riquezas y con un or-

gullo que hería la irritable sensibilidad española, predispusieron favorablemente la política humanitaria de Escipión. La derrota de los ejércitos del padre y del tío de nuestro héroe enseñó mucho también al futuro vengador. Pero sobre todo, el Aníbal, que tenía vivo en su imaginación le facilitó los mejores resortes para conseguir el triunfo en España. Eran éstos, primero, descubrir y aprovechar el lado más oculto e inesperado de los acontecimientos. En esta cualidad psicológica el Mago era maestro, según hemos podido observar en su historia, pero Escipión tal vez le aventajó en el segundo, en dar un tinte maravilloso a sus acciones, de modo que hiciese llegar a los demás el convencimiento de que residía en él como un poder sobrenatural. Este método psicológico, con los datos que hemos analizado, aportados por la experiencia, le dieron el triunfo en nuestra patria. En España, pues, aprendió una lección y la practicó por primera vez.

Hemos aludido a Aníbal y en él nos fijaremos de nuevo para comprender a Escipión. El sentido ofensivo de la lucha por parte de Roma, dijimos al principio, era el resultado de las ideas hannibálicas en la mente del romano. La contemplación del héroe cartaginés acabó por fascinar espiritualmente a Escipión, que adquirió de él alguna de sus características y métodos especiales. Así lo veremos preocupado por llevar el sistema y la táctica de cartaginés en Italia, a la misma Africa, por el romano. Aquel sentido fuertemente individualista, propio de todas las grandes personalidades, que se descubre en Aníbal frente al gobierno de Cartago, se ha desarrollado también en Escipión, que, aún dentro del rígido sistema político romano, se comporta ante el Senado de una manera libre y personal. El genio semita del africano, lleno de viveza, pasión y de lo que incesantemente las historias romanas llaman astucia y doblez, ha pasado también en buena parte a nuestro héroe. Con estas cualidades ha formado sobre todo su diplomacia, habilidosa, artera y sagaz. Sólo que de ellas se ha despojado el sentido de crueldad, tan propio del semicivilizado del desierto y las ha tamizado en el espíritu refinado de la verdadera cultura. Esta la adquirió Escipión en la civilización griega.

Con esta afirmación entramos en el punto más interesante de la formación de su personalidad. El héroe lo llevaba dentro Escipión, se lo había inspirado el nuevo espíritu cultural que invadía Roma y lo desarrollaron las circunstancias anteriormente analizadas de su vida.

Roma era un pueblo iliterato. Grecia le aportó primeramente la epopeya y la tragedia clásicas, que cautivaron la mentalidad romana. En ellas aparece la glorificación del héroe. El héroe homérico está colocado entre la divinidad y los hombres. Se mueve en la vida humana, pero con una libertad y orgullo, que no tienen en cuenta las realidades terrenas y va solamente aquel al triunfo pleno de la propia individualidad. Prende el héroe en las almas, las hiere en lo más vivo, que es la imaginación, y desde entonces andan éstas alocadas, en busca por la vida, del héroe imaginativo a quien imitan. El imán que las atrae es la gloria. Por alcanzarla, se alzan sobre la muchedumbre vulgar de los mortales, dominan las

instituciones, las cosas y los hombres y tienden sólo a la consecución de su ideal.

Este espíritu que hemos referido, lo desarrolló en Roma la literatura y lo vemos reflejado en Cornelio Escipión. Al menos, así nos lo ha dibujado su panegirista Tito Livio, como para reconocer en él, por sus ideas y por sus hechos, un héroe romano a la griega. El mismo Publio, por otra parte, ha citado ejemplos de Dionisio y de Agatocles, que le arrastraban a hacer lo que pretendía, saltar a Africa, aun violando la constitución pública. Por todas las partes por donde camina jalona su marcha de fama, de admiración y de gloria. No hay obstáculos para él ni políticos, ni militares, ni humanos. Nombramientos fáciles, aplausos de la multitud, victorias resonantes, sumisión de pueblos y amistades que se conquistan ante su nombre y su presencia. Un día los españoles entusiasmados quieren alzarlo por rey. Palabra inaceptable para un romano, pero Escipión sabe responderles, diciendo: «El título de *imperator* que me dan mis soldados es para mí más honroso; pero si el de rey os parece más elevado, contentaos con atribuirme un alma real». Cordura diplomática, pero a la vez, confesión espontánea del héroe que le anima. Por otra parte, el héroe va a lo suyo. En la vida de Escipión se nota una gran facilidad de movimientos. El romano, tan leguleyo y ordenancista, le exige cuentas de su actuación y de la de sus subordinados, pero el futuro Africano sabe prescindir de sus molestos acusadores y logran que le dejen en paz con sus sueños de gloria y sus proyectos militares. Su misión, aparece por vez primera antes que la del Estado o acaso, en un primer impulso imperialista tiende a rebasar Roma en manos de Escipión los propios fines que se había señalado. Era el nuevo espíritu imbuído por el pensamiento griego. El que dominaba a Alejandro Magno y el que heredaron todos los ambiciosos romanos hasta el amanecer del Imperio. Por él Roma supo adaptarse a las nuevas necesidades que sus victorias y la constitución de un gran Estado le crearon. Salió de la órbita de los intereses de grupo. En vez de aquel sentido de sumisión y de sacrificio que caracterizaba a Fabio Máximo, uno nuevo surgió que desvelaba la personalidad del ciudadano y lo hacía apto para emprender y realizar. Esta nueva norma de conducta, que va a perdurar en Roma y que fué inspirada por el pensamiento griego, nos place colocarla por primera vez en el héroe Publio Cornelio Escipión «Africano». Nada importa que una figura romana, heredera de Fabio, se levante gigantesca contra el coloso. Nos referimos a Marco Catón. «Catus», precabido, duro, austero, romano de raíz, soldado y campesino, luchará contra el lujo en la ley Oppia, contra la literatura griega, contra los valores políticos nuevos que se alzan frente a la constitución tradicional de la ciudad, hará sucumbir a Escipión en su destierro de Literna, donde éste negará sus huesos a «su ingrata patria».

Pero esto no es más que un semi-triunfo personal. Las ideas perviven y sobrevivieron para siempre a las ideas de Catón*.

T. RECIO

* El presente artículo es un capítulo del libro *Tito Livio. Estudios y selección*, próximo a aparecer en la Colección «Clásicos Labor».